

INTRODUCCIÓN

La Literatura española desde 1939

La Guerra Civil española (1936-39), y el posterior triunfo de las tropas sublevadas contra el Gobierno de la Segunda República, marcaron el final de un periodo de gran productividad cultural en España, en las diferentes ramas artísticas y científicas, donde España supo estar culturalmente a la altura de su tiempo (parafraseando las palabras de Ortega) y participar (y a veces liderar) las diferentes tendencias artísticas europeas, según se ha analizado en la Primera Parte de este libro.

La guerra de 1936 también significó ideológicamente el **final de una época**, en la que el pensamiento liberal y progresista fue el sustrato de las actuaciones de la mayor parte de los autores de este período. Intentaban modernizar a España (sobre todo a partir de la denominada Generación del 14) e integrarla en las corrientes artísticas y de pensamiento europeas, por lo que el **tema de España** fue fundamental en la literatura de este primer tercio del siglo xx, donde las diferentes tendencias literarias se alternaron con un pensamiento central de reconstruir España. Con la llegada de la Segunda República, este objetivo se buscó desde el poder, dada la cercanía de la mayor parte de los intelectuales con esta opción política y su implicación en la misma, como quedó evidenciado en el masivo **exilio** cultural posterior a esta tragedia, que dividió en dos la historia y la cultura de la España contemporánea.

La repercusión internacional de la Guerra Civil fue enorme, sobre todo por su carácter ideológico (como lo demuestran, entre otros muchos aspectos, las Brigadas Internacionales que participaron en ella) lo que acentuó, aún más, la identificación de la mayoría de estos intelectuales con el intento común de crear una nueva España.

Esta línea de pensamiento liberal, que arrancaba de finales del siglo XIX (como se ha visto en la Primera Parte de este estudio), y que se vio truncada con la Guerra Civil y su resultado final, sólo tuvo continuidad en un primer momento en las actuaciones aisladas de los distintos autores que se marcharon al **exilio**. Estos intentaron recrear culturalmente en los diferentes países de acogida parte de lo que se habían propuesto con anterioridad y que no pudieron concluir en España.

La labor cultural desarrollada en estos distintos lugares demostró (sobre todo con la perspectiva que da hoy la distancia), la importancia de este auge cultural de la España de las primeras décadas del siglo. Este fue reconocido de manera inmediata por los intelectuales de los diferentes países de acogida, como México, Argentina, Puerto Rico, y EE.UU., entre otros muchos, que integraron a gran parte de estos autores en muchas de sus universidades y organismos culturales.

En el **interior**, la importancia cultural de este período anterior a 1936 no sólo se ignoró, sino que fue denostada sistemáticamente, lo que impidió, de forma categórica, su continuidad. La ausencia física de la mayor parte de los intelectuales impulsores de este espíritu renovador y actores de las estructuras culturales que se crearon (más la fuerte censura ejercida desde el poder por el Régimen de Franco, especialmente en las primeras décadas de su mandato) hicieron que la España surgida con posterioridad a 1939 tuviera pocos puntos en común con la anterior a esta fecha.

Esta ruptura ideológica y de contenidos sobre la idea de España queda evidenciada, por ejemplo, con el contraste entre la publicación en el interior de obras como *Antología poética del Alzamiento (1936-1939)*, frente a las publicadas por algunos autores en el exilio con títulos tan significativos como *Español del éxodo y del llanto* de León Felipe, aparecido en México en 1939.

En estos primeros años, posteriores a la contienda, los escritores **exiliados** se sentían los continuadores de los esfuerzos intelectuales pasados; y a la vez, los representantes de la única España legalizada por las urnas. De ahí que, en 1939, un grupo de exiliados en México (gran parte de ellos pertenecientes a la Generación del 27) fundase una revista de título tan representativo como *España peregrina*, que venía a ser la continuación (salvando las distancias de lugar y de tiempo) de la publicada por los intelectuales republicanos en Valencia en su retirada hacia el exilio (entre otros muchos, Antonio Machado) titulada *Hora de España*. En las dos aparece la palabra *España*, como motivo aglutinador y, a la vez, como preocupación común de los intelectuales de esos años.

En 1945, la ONU condena abiertamente el Régimen de Franco, al tiempo que muchos países retiraban del territorio español sus respectivos embajadores. La herida abierta por los miles de muertos en la Guerra Civil, más las consecuencias del choque ideológico entre los dos contendientes, hicieron que

la España del **exilio** y la del **interior** siguiesen caminos muy diferentes en los primeros años de posguerra. Esta divergencia quedó también patente en las creaciones literarias a uno y otro lado del Atlántico.

Los autores del **exilio** continuaron con su añoranza de la España perdida (aunque muchos de ellos realizaron su mejor labor intelectual como *trasterrados*); mientras en el **interior** se exaltaron, sobre todo en un primer momento, los valores patrios defendidos por el nuevo Régimen.

A medio plazo, sin embargo, la huella de la Guerra Civil marcó gran parte de la literatura realizada con posterioridad a 1939 también en el interior, aunque de modo diferente. Así, el dolor por lo ocurrido, no sólo aparecerá en las creaciones del exilio, sino también en muchas de las realizadas en España, aunque a veces no se hiciese de un modo explícito debido a la fuerte censura del momento.

Obras como *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso, publicada en 1944, o *Historia de una escalera* (1949) de Buero Vallejo, entre otras, manifiestan, de modo indirecto, las secuelas de la Guerra Civil a través del sentir angustiado de sus autores, a la vez que reflejan la realidad que para muchos fue la España de posguerra.

El reconocimiento en 1950 por EE.UU. al Régimen de Franco y la firma de los primeros acuerdos con este país en 1953 (así como la posterior entrada de España en la ONU en 1955) inician, en cierta medida, un proceso de **normalización**. Este permitiría a la Literatura Española comenzar su integración en las nuevas corrientes internacionales, aunque la huella de lo sufrido tardase varias décadas en dejar de estar presente en las mejores creaciones literarias de la segunda mitad del siglo XX.